

Más allá de la Ilustración francesa: El humanismo polaco de Karol Wojtyła (1ª Parte)

*Beyond the French Enlightenment:
Karol Wojtyła's Polish Humanism (Part 1)*

NIEVES GÓMEZ ÁLVAREZ*

Resumen: Karol Wojtyła es bien conocido por haber sido uno de los líderes indiscutibles del siglo XX y comienzos del XXI, pero es mucho menos conocida su personalidad intelectual y su poderosa aportación filosófica. Este artículo muestra sus raíces culturales, que posibilitaron el desarrollo de un humanismo integral, un humanismo que, si bien miraba con interés hacia los ideales ilustrados franceses, también se nutría de una rica tradición eslava propia, abierta a las nuevas ideas europeas, pero a la vez maduramente crítica con algunos aspectos de estas.

En sus años de juventud, Wojtyła se había alimentado intelectualmente de la obra de los románticos polacos, en especial de la tríada formada por Adam Mickiewicz, Juliusz Słowacki y Cyprian Norwid, quienes habían vivido muy en contacto con otros países europeos tras la Gran Emigración, a partir de 1831, y habían desarrollado con enorme profundidad unos ideales bien distintos a los de la Ilustración francesa, pero entre los cuales despuntaba una concepción notablemente compleja de la libertad, tanto individual como colectiva.

Palabras clave: Karol Wojtyła, Romanticismo polaco, Adam Mickiewicz, Juliusz Słowacki, Cyprian Norwid.

Abstract: Karol Wojtyła is well known for having been one of the undisputed leaders of the 20th and early 21st centuries, but his intellectual personality and powerful philosophical contribution are much less known. This article shows its cultural roots, which made possible the development of an integral humanism, a humanism that, although it

* Universidad Europea de Madrid. E-mail: marianieves.gomez@universidadeuropea.es

looked with interest towards French Enlightenment ideals, also drew on a rich Slavic tradition of its own, open to new European ideas, but to at the same time maturely critical of some aspects of these.

In his younger years, Wojtyła had been intellectually nourished by the work of the Polish romantics, especially the triad formed by Adam Mickiewicz, Juliusz Słowacki and Cyprian Norwid, who had lived in close contact with other European countries after the Great Emigration, starting in 1831, and had developed with enormous depth ideals quite different from those of the French Enlightenment, but among which stood out a remarkably complex conception of freedom, both individual and collective.

Keywords: Karol Wojtyła, Polish Romanticism, Adam Mickiewicz, Juliusz Słowacki, Cyprian Norwid

Recibido: 21-04-2021

Aceptado: 19-07-2021

1. El sustrato cultural en Wadowice y Cracovia

Por influencia involuntaria de la cosmovisión estalinista, se suele considerar a Polonia como un país “de la Europa del Este”, pero lo cierto es que, como afirma el historiador contemporáneo norteamericano George Weigel¹, los propios polacos no se consideran orientales, sino más bien de Europa Central, lo cual se manifiesta en el hecho de que su rica lengua eslava no utiliza los trazos cirílicos, como el ruso, sino los latinos; y culturalmente han gravitado más hacia París que hacia Moscú, a la cual consideran como no plenamente europea².

Estar en el “centro de Europa” significa para los polacos, además, estar en el centro de los asuntos europeos y ejercer una visión propia sobre ellos. Karol Wojtyła, como hijo de la nación polaca, es un buen exponente de esta dualidad entre el carácter eslavo y el latino, pues siendo un hombre con una decidida convicción europea, lo ha sido desde una profunda personalidad polaca.

1.1. Wadowice: primeras letras y primeros escenarios

Karol Wojtyła ve la luz un 18 de mayo de 1920, en una recién estrenada II República Polaca, en una pequeña ciudad llamada Wadowice, a 40 kilómetros de Cracovia. Sus padres son Karol y Emilia, un recio militar y una delicada maestra. La batalla del Vístula, tres meses después, con el fracaso del ejército soviético y la victoria de un decidido general Pilsudski, marcará no solo el destino de Polonia, sino el de Europa entera.

¹ G. WEIGEL, *Biografía de Juan Pablo II. Testigo de esperanza*, Plaza & Janés Editores, Barcelona 1999, pp. 40-41.

² Esta destacada vinculación de Polonia con Francia se explica por el hecho de haber sido durante siglos este país el rector de Europa, en cuanto a las ideas, las artes, la literatura y las formas de la vida; pero hay un momento en la Historia moderna en el que Polonia mira muy especialmente hacia Francia, cuando había sido dividido en 1795 su territorio entre las potencias circundantes –Rusia, Alemania y Austria– y fue Napoleón quien garantizó la existencia y la independencia de Polonia, con el establecimiento del Ducado de Varsovia tras su derrota a Prusia y Rusia en 1807. A pesar de que este Ducado tuvo una existencia efímera, cuando los intelectuales polacos empezaron a exiliarse tras el Congreso de Viena en 1815, con su consiguiente redefinición de las fronteras polacas y, más aún, tras el fracaso de la sublevación de Varsovia contra el dominio ruso, en 1831, el destino que eligieron preferentemente fue París, donde fundaron varias instituciones de lengua, cultura e historia polaca: la Sociedad Literaria Polaca (Towarzystwo Literackie Polskie), la Sociedad Histórico-Literaria (Towarzystwo Historyczno-Literackie), la Biblioteca Polaca (Biblioteka Polska) y la editorial Librería Polaca (Księgarnia Polska). Los polacos en París, además, organizaron de nuevo la lucha por la independencia de Polonia. Cfr. F. PRESA GONZÁLEZ, “El mesianismo polaco como respuesta al problema de la identidad nacional en la Polonia del siglo XIX”, en *Revista de Filología Románica*, 19 (2002), pp. 291-299.

Gracias a ello, Wojtyła crecerá “como un hombre libre en una Polonia libre”³. Era un momento de fuertes dificultades dentro del país –monetarias, económicas, agrarias, a nivel de infraestructuras y a nivel de salud, pues poco antes los estragos de la gripe europea habían sido grandes–, pero de inusitada esperanza, pues se acababa de reestrenar la independencia después de más de un siglo de represión a Polonia y corrían vientos nuevos de creatividad e imaginación, de generación de cultura propia. En Wadowice esta novedad se traducía en la proliferación de actividades literarias y teatrales, en el cultivo de la palabra, que ya contaba con una cierta tradición desde finales del siglo XIX.

Será en este entorno, en el que se vivía una tolerancia cotidiana hacia la numerosa comunidad judía, donde Wojtyła aprenderá las primeras letras, pero también donde sentirá por primera vez la fascinación de los escenarios y donde, alentado por su padre, irá germinando su múltiple vocación de poeta, de dramaturgo y de actor. No hay que olvidar que muy cerca de Wadowice está el Santuario de Kalwaria Zebrzydowska, un lugar sagrado construido por el gobernador regional de Cracovia, Mikolaj Zebrzydowski en 1600, siguiendo el modelo del Santo Sepulcro de Jerusalén, donde se representaba cada Semana Santa con actores profesionales todo el ciclo de la Pasión y la Resurrección, así como los misterios ligados a la vida de la Virgen María. Probablemente fue aquí la primera vez que el niño Wojtyła viese actores y donde experimentase la fuerte vivencia de ser llevado, mediante el poder de las palabras y los gestos, hacia realidades superiores que, además, eran espirituales y colectivas. Las primeras actuaciones suyas están ligadas a recuerdos familiares y a primerizos actos de caridad, pues su hermano mayor, Edmud, era un médico prometedor, quien atendía a pacientes en el hospital de Bielsko. Allí acudía a verle un jovencísimo Karol, quien, cercano empáticamente a la experiencia del dolor ajeno, captó rápidamente el poder que tenía el teatro para hacer sentir a los pacientes de su hermano, sus primeros espectadores, la magia de las palabras y su capacidad para hacerlos ingresar en universos ajenos: otras vidas, otras experiencias, otras esperanzas.

Estos años de Wadowice serán asimismo clave para el surgimiento de su vocación poética y para modelar una personalidad capaz de captar

³ G. WEIGEL, *Biografía de Juan Pablo II*, cit., p. 39. La película polaca 1920- *Bitwa Warszawska* (1920. *La Batalla de Varsovia*), de Jerzy Hoffman (2011) muestra hasta qué punto este fue un momento crucial para la historia de Polonia y también, aunque no se dio demasiado por enterada, para la de Europa entera. Es llamativo caer en la cuenta cómo un hombre que estuvo rodeado desde el inicio de su existencia de las más violentas y feroces guerras en toda la historia de la Humanidad fue un decidido defensor de la paz y de las vías diplomáticas para la solución de los conflictos internacionales.

la realidad teóricamente, pero también desde la dimensión estética. Por ejemplo, la pérdida prematura de su madre, cuando él tenía 9 años, será la oportunidad para uno de sus primeros poemas conocidos, una poesía emotiva pero ya notable reflejo de su particular acercamiento a la realidad espiritual de la persona.

Una vez fallecida Emilia, será Karol Wojtyła, el capitán, quien se encargue muy de cerca de la educación de su hijo, enseñándole a él y a su amigo judío Jerzy Kluger historia polaca, para lo cual les leía pasajes del escritor Cyprian Norwid. Wojtyła padre era un hombre que conocía bien la literatura polaca y de quien Karol aprendió el alemán, pues el militar lo había tenido que utilizar en las distintas campañas en las que había participado.

Estos primeros años serán también la oportunidad para un extraordinario aprendizaje escolar, sobre todo en latín, griego, lengua y literatura polaca, historia y matemáticas; Karol Wojtyła mostró desde el comienzo una excepcional capacidad intelectual, como muestra el hecho de que fuese elegido para representar a la comunidad escolar de la Escuela Secundaria Estatal Marcin Wadowita en una visita del prestigioso Cardenal Adam Stefan Sapieha. El purpurado, que quedó impactado por la presencia y las ya visibles cualidades del muchacho, preguntó cuál sería la vocación de aquel joven prometedor, recibiendo la respuesta de que seguiría la carrera de letras.

Así lo haría Wojtyła a partir del curso 1938-1939, en la prestigiosa Universidad Jagellónica. O al menos este era el proyecto de vida que se había trazado.

1.2. La Facultad de Filología eslava de la Universidad Jagellónica de Cracovia

La Universidad Jagellónica, que debe su nombre a la dinastía Jagellón, había sido fundada en el siglo XIV por Casimiro III el Grande y era un símbolo de la cultura nacional, además de haber sido una de las grandes universidades del Renacimiento y el Humanismo.

Karol Wojtyła solo estudiaría un año en su Facultad de Filología, debido a que su carrera académica quedó dramáticamente truncada por la invasión nazi de Polonia el 1 de septiembre de 1939. Pero conviene señalar que su vocación filológica la siguió ejerciendo durante toda su vida de un modo inesperado –fue un hombre multilingüe, capaz de seguir las conversaciones de los Sínodos o las entrevistas periodísticas durante sus viajes pastorales, por ejemplo, en varios idiomas, además

de mostrar una pasmosa facilidad para aprender lenguas exóticas, como el tagalo o el swahili, que practicaba antes de sus viajes apostólicos– y que su visión sobre la realidad de la lengua y la capacidad de logos del ser humano se verá enriquecida desde múltiples puntos de vista, entre ellos, el teológico.

Lo que el joven Wojtyła encontró en esa Facultad fue una tradición en continuidad, es decir, un cultivo de la lengua y la literatura del pasado y una admiración particularmente intensa hacia el Romanticismo polaco, pero no con el sentido de una visión nostálgica del pasado, sino como fundamento para seguir construyendo el presente tan esperanzador que se le había abierto a Polonia.

Asimismo, encontró allí una experimentación particularmente rica en el ámbito del teatro, que será la clave para la resistencia cultural que ejerció ante la invasión ideológica del nacionalsocialismo, sobrevvenida en 1939.

2. Los poetas románticos admirados por Karol Wojtyła y la insatisfacción ante los ideales de la Ilustración francesa

Polonia como nación ha tenido unos derroteros particulares, pues la sucesión de invasiones, resistencias y liberaciones ha dado como consecuencia una actitud de madurez crítica respecto a los procesos violentos de dominación y de colonización ideológica.

Esto ha significado en la práctica que su espíritu ilustrado no haya podido comulgar con el anticlericalismo de la versión francesa o que su Romanticismo no pudiera olvidar que la identidad católica había sido la que había garantizado la pervivencia de la nación –es decir, que la idea de independencia estaba ligada a la de la independencia de grandeza *cristiana* frente a las pretensiones de minimizar al hombre–.

Los polacos cultos han mirado, a lo largo de su historia, los procesos revolucionarios violentos con enorme desconfianza y con un sano escepticismo crítico, pues en su larga historia ya han experimentado que las ideas exaltadas y las pretensiones agresivas comprometen la libertad más genuina, la personal. La libertad que reconocen justamente en la pretensión católica de ser la persona imagen y semejanza de Dios, una criatura libre y con capacidad de autodonación. No es extraño, pues, que se hayan aferrado a la visión espiritual de la persona ante las más diversas ideologías, pues para ellos no es solo garantía de la propia pervivencia, sino además la clave para un humanismo completo.

2.1. El Romanticismo polaco como cosmovisión crítica hacia la Ilustración francesa

Es habitual considerar a grandes rasgos a la Ilustración francesa como un paso clave de la historia occidental, por su empeño en salir del oscurantismo religioso y apostar por el conocimiento científico, especialmente con la *Enciclopedia*, en consonancia con la convicción de que la luz de la razón ilustra la mente y disipa las nieblas del fanatismo, que estaría representado por las creencias religiosas y, muy en particular, por lo que se denomina teocentrismo medieval. Esta imagen tópica de la Ilustración y del espíritu científico en general, sin embargo, no ha sido aceptada tan acrítica e ingenuamente en Polonia, que ha tenido figuras de extraordinaria piedad religiosa e innovador espíritu científico como Nicolás Copérnico o Marie Curie.

De hecho, Polonia vio la violencia desatada en Francia en 1789 y la quiebra de la estabilidad europea con cierta distancia, pues los ideales de la Revolución Francesa, como herederos de la Ilustración homónima, eran demasiado abstractos, mientras que los suyos propios, los polacos, habían tenido que ser mucho más concretos y vivenciables a lo largo de toda su historia: los polacos no habían tenido que luchar por una Humanidad abstracta, sino por la supervivencia de *su* propia humanidad. De manera que la conciencia polaca quedaba insatisfecha por la hostilidad hacia los valores culturales y espirituales de la Ilustración francesa, que en Polonia eran los que justamente habían garantizado su continuidad. Esta insatisfacción se hará patente en la tríada de escritores más destacados del Romanticismo polaco.

2.2. Mickiewicz, Słowacki y Norwid

El siglo XIX fue en Europa una época llena de revoluciones. Y, sin embargo, ese mismo vocablo no significaba exactamente lo mismo para las diferentes culturas. En su versión francesa tiene una connotación de ruptura absoluta con el pasado, porque se consideraba que este era intrínsecamente malo y corrupto, negador de la libertad individual; y en ese pasado entraba como un ingrediente primordial la cristiandad, que era considerada un representante eminente del viejo orden. Sin embargo, para los Románticos polacos, ese mismo término significa algo bien distinto: la recuperación de un valor perdido, esencial para la conciencia nacional. Lo que había que hacer con el pasado, por tanto, no era romper con él, ni negarlo, ni olvidarlo, sino *recuperarlo para poder seguir siendo quien se es, sin repetirlo*. Llevarlo dentro para poder seguir viviendo

con proyectividad. E inserto en ese pasado se encuentra el cristianismo y, más en concreto, el catolicismo, como distintivo peculiar. Por lo tanto, una revolución debería incluir, desde esta visión peculiar, un vivo interés maduro y desprejuiciado por todo el legado cristiano. No caben, por tanto, dos interpretaciones del mismo término más distantes en su significado real e histórico. Ambas han marcado dos relaciones con el pasado radicalmente distintas y han condicionado la vida de la nación entera respecto a su propia cultura⁴.

Este es el legado que va a recibir Wojtyła, no solo en las lecciones paternas o en las clases escolares, sino muy particularmente en el curso jagelloniano y en las intensas lecturas de ese y los siguientes años. En este breve estudio haremos hincapié especialmente en tres de los autores leídos por el joven estudiante.

2.2.1. Adam Mickiewicz

Adam Mickiewicz (1789-1855), nacido justamente el año de la Revolución Francesa –y para los amantes de las paradojas poéticas, el 24 de diciembre–, fue el mayor representante del Romanticismo polaco y el máximo exponente de la Literatura polaca de su época⁵. Tenía inicial-

⁴ Cfr. G. WEIGEL, *Biografía de Juan Pablo II*, cit., p. 60.

⁵ Para un esbozo de la biografía de Mickiewicz, se puede consultar F. Presa González, “Adam Mickiewicz, poeta y profeta de Polonia”, la introducción a su edición bilingüe de A. MICKIEWICZ, *Libros de la nación polaca y del peregrinaje polaco*, Cátedra, Letras Universales, Madrid 2018, pp. 9-61, o también, más detallada, la introducción a *Poesía polaca del Romanticismo (Adam Mickiewicz, Juliusz Słowacki, Zygmunt Krasinski, Cyprian Kamil Norwid)*. Edición bilingüe, Cátedra, Letras Universales, Madrid 2014, pp. 38-52. En ambos escritos hace nutrido repaso de su juventud marcada por la figura de Napoleón Bonaparte –un mito para su generación–, su inicial idilio con las matemáticas en la Universidad de Vilna, para decantarse por un amor permanente hacia las letras; su ir y venir con las sociedades patrióticas, conspiradoras contra Rusia; sus primeros escritos clasicistas, deudores de su admiración hacia Voltaire, Diderot y Rousseau y su progresivo caminar hacia un estilo más propio, plenamente romántico, como el de *Oda a la juventud* (1820), mucho más emparentado con Lord Byron, Schiller y Goethe, donde canta su elogio a los nuevos ideales de “solidaridad, filantropía, amor altruista y libertad del género humano” o el del poema “Romanticismo” (1822), donde ya se ve claramente su distanciamiento del racionalismo y su instalación en los ideales estéticos, políticos y filosóficos románticos. Esta introducción da buena cuenta también de su destierro en Rusia por cinco años, a causa de sus actividades culturales y revolucionarias, lo cual le permitió entrar en contacto con los círculos polacos en Rusia y con los escritores rusos más destacados, como Pushkin, así como de sus viajes por varios países de Europa: Alemania, Suiza, Italia, donde gracias a su amistad con el sacerdote Stanislaw Choloniewski, descubrió nuevas dimensiones del catolicismo que incluso lo acercaron al misticismo; y su instalación en París, desde donde trabajó intensamente por la liberación de Polonia, junto con otros destacados escritores e intelectuales polacos. Allí también se casaría, sería padre de 6 hijos y trabajaría como profesor de la Cátedra de Literaturas Eslavas en el Collège de la France y como bibliotecario del Arsenal. No moriría, sin embargo, en esta ciudad, sino en Constantinopla, en noviembre de 1855, en

mente vocación literaria, pero con el tiempo se convirtió además en un activista político, un hombre apasionado que anhelaba la independencia de Polonia. En su obra se encuentra una combinación peculiar de inicial admiración hacia la Ilustración francesa con un pleno espíritu romántico, aureolado por una humildad genuinamente religiosa. Realiza en sus obras una interpretación de la historia de su patria desde una perspectiva espiritual, lo cual implicaba una lectura redentora del sufrimiento recurrente en los destinos polacos. Su visión, literaria, pero también filosófica, no se limita solo a un nacionalismo más o menos ardoroso, sino que, en alguna de sus obras, como *Los Antepasados III*, se puede encontrar una interpretación *escatológica* de la historia de Polonia, a diferencia de la que tienen el resto de naciones. Desde el punto de vista de Mickiewicz, es justamente el sufrimiento colectivo asumido el que convierte a Polonia en una nación iluminadora, capaz de enseñar un camino más humano a las demás, que les enseñe las limitaciones del materialismo y la posibilidad de caminar hacia una libertad más completa. El aspecto filosófico más llamativo de Mickiewicz, que se trasluce en sus obras maduras, es que él se veía a sí mismo como un *ilustrado cristiano*, situación peculiar que le habría permitido hacer una interpretación en esta clave del triple lema de la Revolución Francesa. Desde su punto de vista, ha sido Cristo quien, encarnándose históricamente, habría *libertado* a los hombres, *haciéndonos a todos iguales y hermanándonos* entre sí. En otros fragmentos de sus obras se puede encontrar una mirada bastante crítica hacia los ilustrados franceses y hacia los postulados ilustrados sin más. Como botón de muestra, valgan los siguientes ejemplos de los *Libros de la nación polaca y del peregrinaje polaco*. Al hilo de su particular interpretación de la historia europea, dice acerca de la Ilustración francesa: “Mientras tanto, la idolatría se multiplicaba en Europa. Y al igual que antes, entre los paganos, se empezó por adorar a ídolos que representaban virtudes, después fueron diversos crímenes, más tarde hombres y bestias, y posteriormente árboles, piedras y diferentes figuras dibujadas, lo mismo acabó sucediendo en Europa. [...] Y hubo filósofos que alabaron todo aquello que los reyes habían inventado”⁶. Al referirse a la tragedia de la historia polaca desde la perspectiva de la Pasión de Cristo, cada una

el curso de un viaje de búsqueda de sí mismo a Turquía, durante el cual quería organizar una legión polaca que luchase contra Rusia.

⁶ A. MICKIEWICZ, *Libros de la nación polaca y del peregrinaje polaco*, cit., p. 97-99. En este mismo sentido añade Fernando Presa en la nota 10: “El término filósofos alude a los historiadores y pensadores racionalistas (a los que Mickiewicz despreciaba) y, en particular, a los franceses responsables de la elaboración de la *Enciclopedia francesa*, los cuales condenaron las cruzadas, muy particularmente Voltaire, quien en obras como *Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones (Essai sur les moeurs et l'esprit des nations)* (1756) atribuye a estas guerras un origen de carácter comercial y no religioso”.

de las naciones europeas será uno de los personajes de la historia sagrada. ¿Quién será Francia? “El Galo” desempeñará el papel del cobarde y acomodaticio Pilato, quien, ante el inocente ultrajado, rehúsa ejercer la autoridad moral que debería y prefiere quitarse el problema de encima con pretextos infantiles:

“En verdad, no hallo culpa en esta nación; y mi esposa, Francia, mujer temerosa, está atormentada por malos sueños; mas prended a esta nación y torturadla’. Y se lavó las manos. Y un gobernante francés dijo: ‘No podemos rescatar a este inocente ni con nuestra sangre ni con nuestro dinero, porque mi sangre y mi dinero me pertenecen; y la sangre y el dinero de mi nación le pertenecen a ella’⁷.

Cuando miles de polacos tomaron camino del exilio y se instalaron en Francia, la respuesta de esta –además de no ayudar– fue la de promulgar durísimas leyes contra ellos, que implicaban el confinamiento de los polacos en determinadas ciudades sin tener libertad de movimientos y la pérdida del derecho a la protección de las leyes y autoridades civiles, quedando a disposición de la policía, como si fueran maleantes peligrosos. Lógicamente herido en su orgullo nacional por ello, Mickiewicz las integró en su obra desde una perspectiva espiritual, muy crítica frente a los que dicen defender ciertos ideales verbalmente, pero no lo traducen en la práctica cuando se trata de los mismos ideales para otros. Nótese que Mickiewicz personifica a Polonia con la libertad misma:

“Y la libertad dirá a la segunda nación: ‘He aquí que estaba sumida en la angustia y en la penuria y te pedí, ¡oh, nación!, la protección de tu ley y tu ayuda; pero tú me arrojaste leyes’. Y la nación responderá: ‘Mi señora, ¿cuándo acudiste a mí? Y la libertad responderá: ‘Acudí a ti con el ropaje de estos peregrinos, pero tú me despreciaste; ve, pues, a la esclavitud, donde habrá el silbido del látigo ruso y el crujir de los ucases”.

En otros pasajes, el escritor polaco es aún más directo, dirigiéndose directamente a una nación que decía tener grandes ideales, pero en esa magnífica ocasión había renunciado a ejercerlos y ganarse el respeto de Europa:

⁷ *Ibid.*, p. 123. Efectivamente, el ministro francés Casimir Périer se opuso el 18 de marzo de 1831 a que Francia ayudase a los polacos tras el fallido levantamiento a favor de su independencia, justificándolo en que las fuerzas y dineros franceses no podían sufragar asuntos extranjeros.

“Gobernantes franceses y doctos hombres franceses: habláis de la libertad, pero servís al despotismo. Caeréis entre vuestro pueblo y el despotismo extranjero, así como lo hace una barra de frío hierro entre el martillo y el yunque. [...] Y gritaréis al martillo, a vuestro pueblo: ‘Pueblo, perdona y detente, porque hablábamos de la libertad’. Pero el martillo dirá: ‘Decías una cosa y hacías otra distinta’. Y de nuevo caerá sobre la barra con fuerza renovada”⁸.

Si París se había convertido –al menos en el mundo de los deseos, que no en el de la práctica– en la patria de la defensa de la libertad, la igualdad y la fraternidad en 1789, Mickiewicz le advierte a aquella proféticamente: “Y no quedará piedra sobre piedra del gran edificio político europeo. Porque la capital de la libertad será trasladada”⁹.

Hay un aspecto más que merece la pena señalar de la innovadora obra del inquieto Mickiewicz, en cuanto al peso que ejercerá en el humanismo de Wojtyła, y es su visión un tanto filosófica de la capacidad literaria y antropológica del hombre: por ejemplo, en su obra *Konrad Wallenrod*, se trasluce la idea de que “el amor y la poesía eran capaces de superar los obstáculos y las discordias entre las naciones”¹⁰.

Sería interesante calibrar, ahora que tenemos cierta perspectiva, hasta qué punto Karol Wojtyła/ Juan Pablo II ha sido un digno heredero de los ideales humanistas de Mickiewicz, más aún cuando este auguraba que los sufrimientos redentores polacos eran la puerta para un futuro más esperanzador y no para resentimientos estériles. De hecho, la posición liderada eminentemente por este poeta-profeta se ha denominado como “mesianismo”, en el cual Polonia es contemplada como una nación elegida para defender la Cristiandad en los tiempos modernos, misión para la cual habría sido preparada por los numerosos sufrimientos históricos experimentados, que la habría alejado de toda soberbia colectiva. Polonia, con su desmembramiento, se asemejaba a un Cristo crucificado, aparentemente muerto, pero como Él, a punto de resucitar y de permanecer hasta el fin de la historia humana con los hombres mediante una

⁸ *Ibid.*, p. 253.

⁹ *Ibid.*, p. 251.

¹⁰ Cfr. R. MONFORTE DUPRET, *Pushkin y Mickiewicz: enemigos íntimos*, en “Eslavística Complutense”, 10 (2010), pp. 147-162, donde hace constar la mutua admiración que ambos escritores se profesaron –el ruso escribiría sobre el polaco: “y allí cantó el inspirado Mickiewicz entre las rocas costeras, su Lituania natal–, especialmente desde que se conocieron en los años rusos del polaco, y su progresivo distanciamiento a raíz de la interpretación de cada uno del levantamiento de Varsovia en 1830. Disponible en: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2339166>

presencia espiritual. Pues según Mickiewicz, Polonia vive en el alma de todos los que la sufren y resucitará, librando de la esclavitud a todas las naciones oprimidas de Europa, de tal manera que cuando “resucitase” la nación polaca, cesarían las guerras en la cristiandad. El escritor polaco, desde esta perspectiva, miraba con ojos perspicaces hacia lo que había sido el Cristianismo históricamente –un liberador de la tiranía de Roma– y concluía que esa había sido la verdadera revolución, pues había permitido la libertad, mientras que otros sistemas europeos eran vistos como tiranías –sería el caso de Rusia–, o como sistemas condenables, como, por ejemplo, las democracias burguesas que practicaban el realismo político, sobre todo Francia, dedicándose a adorar a nuevos ídolos¹¹. Desde su punto de vista, el Cristianismo era la verdadera revolución, pues permitía la irrupción de la iniciativa divina en la historia. No satisfecho con mirar hacia el pasado, el gran escritor profetizaba una segunda gran revolución, cuando en Polonia fuese posible vivir como una auténtica comunidad humana; en ese momento se extinguirían todos los conflictos entre los hombres.

Como se ve, el gran legado intelectual de Mickiewicz a la cultura polaca sería su propia evolución personal, desde una inicial postura racionalista, en su época de juventud, a un mesianismo romántico propiamente polaco, ya pertrechado de amplios conocimientos literarios, históricos y artísticos, y de una mirada más madura y crítica, en la cual la experiencia propia de Polonia se convierte en la clave para su libertad futura.

2.2.2. *Juliusz Słowacki*

Juliusz Słowacki (1809-1849) es otra de las grandes figuras del Romanticismo polaco¹². Estudia Ciencias Políticas y Morales en la Universidad de Vilna, como hijo que era de un profesor de la misma Universidad, moviéndose en los ambientes más cultos de la sociedad de la época y fue destinado para trabajar como funcionario en el Departamento del Tesoro

¹¹ Es muy significativa en este sentido la escena “Un salón de Varsovia”, incluida en su obra *Los antepasados*, donde ejemplifica de una manera muy gráfica el distanciamiento de la cultura genuinamente polaca, dinámica y atenta a los problemas reales, de la cultura clasicista, expresada en francés, demasiado anquilosada y artificiosa en sus formas y muy poco despierta a las emociones polacas auténticas. Para un análisis detallado de esta, se puede consultar el artículo de A. LEÓN MANZANERO, *El debate entre clásicos y románticos en la literatura polaca*, en *Estudios humanísticos. Filología*, 29 (2007), pp. 149-168, disponible en: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2339166>

¹² Se puede encontrar una introducción biográfica en: F. PRESA GONZÁLEZ, *Poesía polaca del Romanticismo*, cit., pp. 52-65.

de Varsovia y en la Oficina Diplomática del Gobierno. Sin embargo, su verdadera pasión, que era la carrera literaria, comenzó con ocasión del levantamiento polaco de 1830 contra Rusia. Será en esta época cuando escriba su poema *Oda a la libertad*¹³. Tras una misión diplomática en Londres, ciudad que le fascina, será también uno de los escritores refugiados en París, donde entabla amistad con muchos de los liberales españoles desterrados por Fernando VII, lo cual despertó su interés por España y su literatura. De hecho, aprendió español leyendo *El Quijote* y también se dejó fascinar por Calderón de la Barca, cuya obra *El príncipe constante* tradujo al polaco en 1884, pues vio en el argumento del drama de Calderón un reflejo de la historia de los polacos¹⁴. No muy bien tratado por otros polacos en el exilio a causa de su ascendencia –supuestamente su padrastro había colaborado con los rusos y era considerado traidor–, viajará por varios países (Suiza, Italia, Grecia, Egipto, Tierra Santa) a partir de 1832, trabajando en misiones diplomáticas secretas entre el príncipe Adam Czartoryski y el gobierno de Turquía, contrario a Rusia. Esa sucesión de viajes será también una oportunidad constante para la inspiración, muy sugerente en poemas como “Conversación con las pirámides” o el melancólico “Himno (¡Qué triste estoy, Dios mío!)”, escrito durante una puesta de sol en Alejandría. Słowacki morirá, como buen romántico, de muerte prematura y tuberculosa en París en 1849. Años adelante, será el general Pilsudski, ya en 1927, quien ordenará la repatriación de sus restos, desde el cementerio de Montmartre hasta la catedral de Wawel, en Cracovia, donde reposa actualmente junto a los restos de Mickiewicz.

Particularmente decisivas para Karol Wojtyła serán dos de sus obras, *Kordian. La conjura de la coronación*¹⁵, publicada en 1834, que el joven

¹³ “¡Bienvenido, ángel de la libertad,/encumbrado sobre el mundo muerto!/ He aquí, en la iglesia de la Patria,/los altares engalanados con flores./¡Qué oloroso arde el incienso!/- ¡Mira! Hay aquí un nuevo mundo, una nueva vida de la gente./Miró, y en el azul del cielo,/ Con plumas pintadas de oro,/ Extiende sus alas sobre Polonia;/Y escucha los himnos de esta tierra./ [...] ¿Ya no se pone el sol en los países libres?/Las alas de la libertad cubrieron toda la tierra./La tribu de gente libre es digna de los ojos de Dios,/Él premiará a los héroes” (*Ibid.*, 235 y 243).

¹⁴ *Ibid.*, pp. 33-34: “La elección de este drama no fue casual. [...] Para la nación polaca, esta obra reflejaba, más que ninguna otra de la literatura universal, una imagen paralela a la de la trágica situación de su patria, al tiempo que aportaba una solución a aquella situación de opresión y que consistía en una inquebrantable resistencia nacional a la situación vivida cotidianamente bajo el yugo de los imperios invasores. Słowacki había hallado en Calderón la explicación a todas sus preguntas metafísicas sobre la cruel suerte de Polonia”.

¹⁵ Para un acercamiento al argumento y contexto de esta obra, se puede consultar el artículo de A. LEÓN MANZARENO, *Historia y mito en Kordian. La conjura de la coronación*, en “Eslavística Complutense”, 5 (2005), pp. 47-62, disponible en: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2690415> La autora hace notar el simbolismo del lugar escogido por Słowacki para la acción: la catedral de Varsovia, que en el momento crítico de escribir él la obra –un momento en el que los polacos habían “perdido” la patria– constituía un espacio

actor sabía de memoria, y *El Rey Espíritu*¹⁶, publicada en 1847. Esta última fue la primera obra representada el 1 de noviembre de 1941 por el Teatro Rapsódico, el teatro de resistencia pacífica en el que Karol Wojtyła participó durante los años de ocupación nazi de Polonia. El joven Karol representaba el papel del rey Boleslao, el monarca que comete abuso de poder y manda ejecutar a San Estanislao cuando el obispo de Cracovia celebra la Eucaristía. Curiosamente, el prometedor actor le imprimió a su violento personaje el carácter de un futuro arrepentido, jugando así literariamente con la Historia.

Por su parte, *Kordian* relata la coronación del zar de Rusia como rey de Polonia, con su doloroso anhelo desde el exilio por la patria perdida y con su esperanza –sin duda, un tanto religiosa– en su futura resurrección. Esta obra tendrá un gran significado para Karol Wojtyła en unos momentos en los que Polonia volvía a estar en peligro, por la avaricia de las potencias vecinas¹⁷. Además, era una obra técnicamente muy innovadora, por sus formas plenamente románticas, con la ruptura de las tres unidades, la combinación de lírica, épica y drama y la mezcla entre personajes históricos e imaginarios (algunos de ellos simbólicos, muy del gusto de la época, como ángeles, demonios, el miedo o la imaginación). Karol Wojtyła, que también será autor dramático, se hará eco en sus propias obras teatrales de innovaciones similares.

mítico, al haber sido el lugar de la coronación de Estanislao Augusto Poniatowski, el último rey de la Polonia unificada, y de la jura de la Constitución polaca el 3 de mayo de 1791.

¹⁶ F. PRESA GONZÁLEZ, *Poesía polaca del Romanticismo*, cit., p. 64, nota 65: “Podríamos definirlo como una epopeya mística sobre la historia de Polonia y sus grandes reyes en la que el mundo real se confunde con el sobrenatural. El narrador del poema es el Espíritu, el cual se reencarna sucesivamente en los reyes históricos polacos Popiel, Piast, Mieszko y Boleslao, cumpliendo a través de cada uno de ellos la misión histórica que le corresponde”.

¹⁷ A. LEÓN MANZARENO, en el artículo previamente citado, ha recogido algunos de los versos de *Kordian* donde se refleja muy bellamente ese dolor inconsolable por la patria y la inquietud por las malas pasiones ajenas: “Miro al pasado oscuro/ Y veo la sombra de una mujer de luto - ¿quién es?/ Miro al futuro y veo ante mí mil estrellas./ Y la sombra del pasado les tiende los brazos./Estas estrellas son estiletes.- Veo nuestro antiguo país./La sabiduría de los gobernantes injertó en un viejo árbol./ Una nación joven, y ambos brotaron de un mismo tallo/Como dos rosas de distinto color en un mismo rosal./ La meretriz y zar Catalina/ Posó su ojo exterminador sobre nosotros./Nos consideró merecedores de la corona del mártir./E ideó un martirio... /tomó un cráneo sangriento y pálido /Desprendido de un busto borbónico/Lo colocó en el torso de su amante / Y nos dio por rey un rey con cabeza de cadáver./Después robó en su presencia los tesoros de su tumba /Y él no movió un solo dedo.../Y no prendieron un crespón/En el manto de nuestra madre, sino que lo rasgaron en tres partes./Pregunta hoy a las gaviotas que vienen volando de Siberia./ ¿Cuántos sollozan en las minas? ¿A cuántos han exterminado? ¿A cuántos han mancillado empujándolos a la traición?/ A todos nos han encadenado a un cadáver./Porque un cadáver es esta tierra. [...]”. Una vez más, se refleja en este texto la mirada distanciada de Polonia frente a los gobernantes ilustrados, en este caso, Catalina de Rusia, que en nombre de los ideales franceses anulaba la libertad de la nación de al lado.

En el periodo de 1795 a 1920, los escritos de Słowacki habían alimentado, como los de Mickiewicz, la llama de la polonidad, aun a pesar de las persecuciones lingüísticas y culturales. No es extraño, pues, que volvieran a encenderla a partir de 1939. Era el destino del mesianismo polaco: alimentar la supervivencia de la nación polaca.

Słowacki también muestra en sus escritos una cierta distancia con los ideales franceses –de hecho, cuando en 1833 viaja a Suiza, el gobierno francés le prohíbe volver, por ser considerado un revolucionario *liberal*–. Se puede leer desde esta perspectiva su poema “París”, donde habla de “orden quebrado”, “reptil enroscado”, “aguijón huntado de veneno” y dibuja un panorama apocalíptico de crimen, castigo, miedo, desgracia y muerte, estableciendo un símil entre esta ciudad y la Sodoma del Antiguo Testamento:

“Mira cómo del regazo del Sena, en el crepúsculo,
Se alzan los edificios en un orden quebrado,
Cómo se suben unos a hombros de otros;
En algunos lugares, iluminados por el rastro de las calles,
Los edificios parecen un reptil enroscado
Al que se le erizan las escamas dentadas de los tejados.
Y allí, ¿es quizá un aguijón untado de veneno?
¿O es un rayo de sol? ¿La lanza de un caballero?
En lo alto una torre dorada dispara su resplandor.

¡Nueva Sodoma! Entre tus piedras
Se multiplica visible e insolente el crimen,
Pero un día caerá sobre ti una lluvia de fuego,
Más no será la lluvia de Dios confinada en un trueno:
Mandaré cien cañones... Y en cada casa
Una bala cincelaré la terrible sentencia de Dios,
La bala quemará los muros, los derribará,
Y un día se ceñirá sobre ti un miedo pavoroso,
Y una desesperación aún mayor, porque será la bala del enemigo...

Ya pende una nube de cañones sobre la ciudad,
Por eso hay masas de gente confundida,
Por eso la oscuridad de las calles es tan lúgubre,
El presentimiento de la desgracia trastorna la razón;
La palabra del orgullo vano agoniza sin eco,
Las conversaciones tratan incesantemente sobre los enemigos...”¹⁸.

¹⁸ F. PRESA GONZÁLEZ, *Poesía polaca del Romanticismo*, cit., p. 267.

Y también en su poema “Cuando los polacos se subleven de verdad...”, donde parece reflejarse la incomprensión de los franceses hacia los ideales polacos, a los que parecen haber mirado con suficiencia o desprecio. El poema refleja cómo en ese hipotético tiempo de “vigencias polacas”, los ideales de esta nación no serían comprendidos desde los ideales franceses, pues no estarían movidos por el particularismo ni tampoco por un supuesto humanismo ciego y destructor, sino por “grandes lemas desconocidos”, gestados en el esfuerzo moral del corazón humano:

“Cuando los polacos se subleven de verdad
Las naciones no harán cuestaciones,
Sino que quedarán estupefactas y al canto de los disparos
Agudizarán el oído, abrirán las tabernas.

Y los vientos llevarán las noticias,
Y cada noticia alimentará el corazón de las naciones,
Fuerzas anónimas agitarán el mundo
Con grandes lemas desconocidos.

El francés no entenderá lo que ocurre en el mundo,
Que una nación se rebeló en el humo de la oscuridad,
Y aunque muy desesperada, no en nombre de la desesperación,
Y aunque muy vengativa, no en nombre de la venganza.

No entenderá el esfuerzo que realizó el espíritu
En la sagrada oscuridad del corazón humano [...]”¹⁹.

Słowacki había escrito sobre cuán fascinado debió de sentirse Adán, el primer hombre, al confrontarse con el mundo, la creación divina, que también le había traído a él a la existencia (tema sobre el cual reflexionaría Juan Pablo II en sus innovadoras catequesis sobre la Teología del cuerpo). Al igual que Mickiewicz, estaba convencido de que Polonia jugaba un papel decisivo en el drama de la historia mundial. Llegó incluso a escribir proféticamente sobre “un papa eslavo” que se convertiría en “hermano de toda la humanidad”²⁰.

¹⁹ *Ibid.*, 287.

²⁰ Cfr. G. WEIGEL, *Biografía de Juan Pablo II*, cit., p. 62. Se trata del poema “Papież Słowiański” (“El Papa eslavo”), publicado a finales de 1848.

2.2.3. Cyprian Norwid

Norwid²¹ fue, de la tríada de escritores románticos polacos, el que más influyó sobre Karol Wojtyła/ Juan Pablo II. Era el más joven de los tres, por tanto, el más cercano cronológicamente. Había nacido en 1821 e inicialmente se dedica al arte, en concreto, a la pintura y a la escultura, que estudia en Florencia. En Roma conocerá a Mickiewicz y en París a Słowacki y Chopin. Será la cercanía con estos círculos la que intensificará su vocación de escritor, aunque ya había escrito poesía previamente. Una serie de infortunios y una situación de gran precariedad le llevará a escribir una obra extraordinaria, *Nuestra epopeya*, 1848, donde Norwid hizo suyo el espíritu de Don Quijote de la Mancha²². En él, Don Quijote, esto es, el autor y su generación, cabalga en busca de Dulcinea, Polonia, con la única compañía de las serpientes y los pájaros (la policía de los imperios y los poetas polacos emigrados). Es el de Norwid un poema complejo que va amplificándose, desde el *individuo*, pasando por la *patria* y el *mundo*, hasta concluir en la *historia*. Estos cuatro temas serán justamente los cuatro círculos concéntricos que estarán presentes en su obra.

Impelido a buscar un futuro mejor, viaja a Estados Unidos, donde ejerce como grafista durante dos años, tras los cuales vuelve a Europa (Londres y finalmente París). Será en esta última ciudad, rodeado de adversidades de todo tipo y de una enorme melancolía, donde produzca lo más brillante de su obra, como, por ejemplo, *Ad leones*, de 1883, donde reflexiona sobre el papel del artista en el mundo contemporáneo, que es eminentemente utilitario. El título hace alusión a la metáfora que utiliza: el mundo capitalista es como los leones dispuestos a devorar a los cristianos que se les arrojan, pero entre estos hay una mujer con una cruz, que consigue detener a las fieras. También escribió ensayos sobre ética, filosofía, cultura y política, como *Sobre el arte. Para los polacos*, *Sobre Juliusz Słowacki*, *Silencio* o *Flores negras*; y dramas, como *El anillo de la gran dama*, donde cuenta la vida de un artista pobre, humillado por los salones de la aristocracia. Sus poemas tienen unas resonancias muy novedosas, como, por ejemplo, en *Promethidion* o *Sobre la libertad de la palabra*, donde habla del hombre como creador y del papel de la cultura. Desde su punto de vista, el arte es un trabajo realmente elevado, pues aún el trabajo físico y el intelectual, es decir, es un *metáxy* entre la ma-

²¹ Se puede encontrar una introducción biográfica a su obra en: F. PRESA GONZÁLEZ, *Poesía polaca del Romanticismo*, cit., pp. 85-97.

²² Por ejemplo, en *Nuestra epopeya* escribió: “¡La verdad solo nos sirve a nosotros, Quijotes...!” o “¡Oh, tú, Caballero/ con cuyas aventuras aprendí a leer!/ También mi canto será para ti”. Cfr. F. PRESA GONZÁLEZ, *Poesía polaca del Romanticismo*, cit., pp. 86-87.

tería y el espíritu, entre lo específico de cada cultura y lo universal de la civilización, entre el individuo y la sociedad.

Norwid, a pesar de ser el creador de un nuevo lenguaje poético y de haber tenido la voluntad de renovar la literatura polaca –en cierto sentido se puede decir que fue más allá del propio Romanticismo–, fue un autor muy poco entendido en su época y serán las generaciones posteriores las que verán en él un referente, en la estela de la Biblia, Homero, Platón, Dante y Calderón. Su obra sintetiza las tradiciones pagana y cristiana, los elementos clásicos y los románticos, la genialidad de las culturas de Europa Central y las del Sur²³.

De hecho, la poesía de Norwid trasciende sus propias fronteras y en muchos casos se convierte en metafísica e incluso en teología, en una visión completa y compleja de la realidad: el hombre es una criatura con una doble dimensión psíquica y física, que es además histórica y que no puede desligarse de elementos no materiales, como son la naturaleza, la tradición cultural y la civilización. Por eso el ser humano norwidiano es un ser enlazado con la vida y con toda la tradición común de la humanidad. De manera muy cervantina, el tema del amor aparece en Norwid relacionado con el esencial equilibrio entre hombres y mujeres y como soporte de una verdadera cultura. Y de manera no menos cervantina, el tema de la patria no estará marcado por el exclusivismo, sino por una formidable generosidad hacia el ser ajeno e incluso hacia el acercamiento de toda la humanidad. Para Norwid, que se mueve con soltura tanto en la cultura clásica como en el conjunto de la cultura occidental europea, el hombre perfecto es Cristo, que es un Hombre Eterno, ya que es el único que une en una sola persona lo humano y lo divino, lo material y lo espiritual.

Finalmente, hay otros dos aspectos por los que Karol Wojtyła leería fascinado a este romántico²⁴: primero, su tratamiento del tema del trabajo, el lugar del hombre en el mundo capitalista. A Norwid le parecía lacerante que el desarrollo del urbanismo y la civilización industrial cau-

²³ A juicio de Fernando Presa, Norwid será precisamente un escalón imprescindible entre el Romanticismo y la Joven Polonia del siglo XX.

²⁴ Weigel señala en su obra sobre Juan Pablo II, excelentemente documentada, que de los tres románticos, el que mayor influencia sobre Wojtyła tendría sería sin duda Norwid: “Karol Wojtyła memorizó *Pan Tadeusz* y actuó en *Kordian*, pero el poeta romántico que más influyera en su pensamiento fue Cyprian Kamil Norwid [quien había escrito] que la mayor verdad de la que debía darse testimonio era que ‘Cristo había guiado al hombre para salir del reino de la fatalidad e internarse en el reino de la libertad’” (*Biografía de Juan Pablo II*, cit., p. 63). Asimismo, señala como profundamente influyente en el humanismo de Wojtyła las reflexiones de Norwid sobre los problemas del materialismo de Estados Unidos y la necesidad de fundamentar una genuina civilización.

sasen tantas diferencias entre las clases sociales, así como la infelicidad del artista y la soledad. Por eso se convierte en un crítico de la deshumanización del trabajo, pero a su vez ofrece una nueva concepción del mismo, por ejemplo, en su poema *Canto desde nuestra tierra*, ya no desde la maldición bíblica, sino como factor de creación, en el sentido más noble del término y de trampolín moral. Al haber tenido la experiencia americana, Norwid reflejará en su obra cómo este crecimiento moral se traduce en la lucha por la libertad, la democracia y los ideales de la moral cristiana. En ese sentido –como hará el propio Wojtyła en su obra *Hermano de nuestro Dios*–, tendrá una visión inteligentemente crítica hacia el socialismo.

Y en segundo lugar, Norwid se hace eco en su obra, aunque en gran parte, como hemos visto, la desarrolla fuera de lo que había sido Polonia, del mundo eslavo en general. Desde su punto de vista, el crecimiento de los nacionalismos había llevado a la situación de que los eslavos no pudieran saber más cuál era su lugar en el mundo y en la historia, y a un fuerte enfrentamiento –que él mismo sufría– respecto a Rusia. Su obra refleja el profundo anhelo de una integración entre los valores de Occidente y el resto de Europa, deseo que sin duda latirá en el hacer de Juan Pablo II y sus esfuerzos de acercamiento con Rusia durante años.

Finaliza aquí la primera parte de este artículo, sobre la influencia del Romanticismo polaco en el humanismo de Juan Pablo II. Queda para una segunda cómo terminó de gestarse en su época como profesor de Ética en la Universidad de Lublin y su plena manifestación, ya como Juan Pablo II.